



Dr. Nicolás José Gutiérrez Hernández (1800-1890)

Entre los nombres de galenos cubanos que contribuyeron de modo relevante al desarrollo de la medicina en Cuba durante el siglo XIX, aparece en primera fila el de Nicolás José Gutiérrez Hernández, un hombre merecedor de todo el respeto y la consideración de sus congéneres y compatriotas de todas las épocas por sus abundantes virtudes y sus numerosas hazaña dentro la práctica asistencial, entre las cuales se cuentan haber sido el primero en Cuba en practicar la litotricia; hacer la ligadura de las arterias radial e iliaca interna y externa en los casos de aneurismas; aplicar la percusión y la auscultación para diagnosticar las enfermedades de los órganos respiratorios y circulatorios; y administrar el cloroformo para la anestesia quirúrgica.

Así mismo, fueron muy valiosas sus grandes contribuciones a la ciencia y la cultura nacional, entre las que sobresalen la creación de la primera revista médica cubana, la fundación de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana y su magnífica ejecutoria en la esfera docente.

Nicolás José Gutiérrez Hernández nació en La Habana el 10 de septiembre de 1800. Fue el primer hijo de un total de 11 que tuvo la pareja formada por José de Jesús Gutiérrez y Josefa Feliciano Hernández, naturales ambos de la misma ciudad. La instrucción primaria la recibió en principio en una escuela privada, localizada en el barrio de La Merced y luego en un colegio abierto por Antonio Coello, maestro de gran reputación, en el cual se distinguió entre sus condiscípulos y donde siempre alcanzó los primeros premios en los exámenes. En 1817 comenzó los estudios de Filosofía en el convento de San Juan de Letrán, donde en febrero de 1820 obtuvo el grado de Bachiller en Artes.

Su vocación por la Medicina se manifestó desde su niñez y se hizo patente el 8 de enero de 1819, fecha en que se abrió en el Hospital Militar de San Ambrosio el primer curso práctico de Anatomía, Fisiología y Química, impartido por el profesor italiano José Antonio Tasso, en el cual matriculó cuando estudiaba bachillerato.

El examen público que venció al finalizar este curso tan novedoso para su época fue de tanta brillantez, que le valió la promesa de costear sus estudios médicos en París o España a cuenta de la Sociedad Económica de Amigos del País. La promesa no se cumplió y, en compensación, le regalaron algunas obras médicas elementales.

En junio de 1818 inició las prácticas con miras a lograr el título de Cirujano latino con el doctor Manuel Antonio Díaz, médico y cirujano del Batallón de Ligeros de Tarragona, quien era además facultativo en propiedad del Hospital de San Francisco de Paula. Tres años después, en junio de 1821, fue aprobado al ejercicio como tal por votación unánime en el Real Tribunal del Protomedicato de La Habana.

En marzo de 1820 comenzó la carrera de Medicina en la Real y Pontificia Universidad de San Gerónimo de La Habana. Quiso su buena suerte que en su época de estudiante entraran a cubrir las principales cátedras los ilustrados doctores Agustín Encinoso de Abreu y Ángel J. Cowley, quienes fueron capaces de transmitir a sus discípulos los conocimientos derivados de los progresos de las ciencias médicas en Europa, con el mismo entusiasmo que ellos los asimilaban. El 18 de marzo de 1823 se le otorgó el título de Bachiller en Medicina, tras aprobar las asignaturas de Prima, Vísperas, Anatomía y Terapéutica y sostener el acto de conclusiones públicas. Con la aspiración de lograr los grados mayores de Licenciado y Doctor en Medicina, comenzó el período de prácticas junto al doctor Andrés Terriles, médico y cirujano de la Real Armada y socio corresponsal de la Academia de Medicina y Cirugía de Cádiz. En 1825 recibió del Protomedicato el diploma que lo acreditó como médico y la autorización para ejercer esa profesión. Durante su época de estudiante de Medicina alcanzó también el título de socio numerario de la Sociedad Económica en 1822 y había comenzado un curso de Botánica profesado por Ramón de la Sagra en 1824, año en el que la Sociedad Médico Quirúrgica de Cádiz lo nombró socio corresponsal. Por otra parte, desde abril de 1822 laboraba como médico cirujano en clase de meritorio en el Hospital de San Ambrosio. En la misma institución fue designado como disector anatómico sustituto en 1825 sin recibir emolumento alguno. Con la documentación que daba cuenta de esta labor, se presentó a examen en la Universidad y obtuvo los grados de Licenciado y de Doctor en Medicina el 13 de enero y el 4 de febrero de 1827, respectivamente.

El doctor Gutiérrez, quien sintió desde muy joven vocación por la labor docente, vio coronados de manera oficial sus sueños en tal sentido cuando el 3 de junio de 1829 fue nombrado catedrático interino de Anatomía general en la Universidad y el 30 de abril de 1830 obtuvo esa cátedra en propiedad por oposición. Durante 1831 sustituyó por enfermedad al doctor Francisco Alonso Fernández en la enseñanza de Anatomía descriptiva en el Real Hospital de San Ambrosio. El 30 de abril de 1835 logró, también por oposición en la Universidad, la regencia de la cátedra de Patología.

Al año siguiente de su nombramiento como catedrático de Patología, interrumpió este magisterio para viajar a París, donde permaneció por espacio de dos años y adquirió vastos conocimientos que le sirvieron para brindar a sus discípulos información profunda y actualizada de las materias que enseñaba.

Armado con estos conocimientos, profesó en 1839 en el Hospital San Ambrosio tres cursos de suma importancia para el desarrollo de la medicina en la isla: uno de Partos, que ofrecía dos veces por semana en horas de la noche; otro de Clínica quirúrgica y otro acerca de grandes operaciones de Cirugía con demostraciones en los cadáveres, los dos últimos impartidos por primera vez en Cuba.

Tal era su reputación y la huella que había dejado en su faceta como formador de médicos que en 1879, cuando contaba ya 79 años, se le nombró Rector de la Universidad. Con motivo de ello, todo el alumnado universitario hizo un desfile en su honor con antorchas a lo largo de la Calle Oficios, donde radicaba su domicilio.

Otros cargos importantes que asumió fueron los de Teniente Alcalde y Regidor del Ayuntamiento, Vocal de la Junta de Sanidad, Socio de Mérito de la Academia Quirúrgica Matritense y de la Real Sociedad Económica de la Habana y Santiago de Cuba, miembro correspondiente de la Academia de Ciencias Médicas de New Orleans y Presidente de la Junta Superior de Instrucción Pública. También recibió entre otros honores el de la Gran Cruz de Carlos III y de Isabel la Católica, así como el de Médico de Cámara de Su Majestad el Rey de España, pero la obra que más le ha hecho trascender a través de los siglos es sin lugar a dudas la fundación de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana el 19 de mayo de 1861, en acto público efectuado en la antigua capilla del convento de Santo Domingo, que contó con la presencia de las más altas autoridades del gobierno colonial español de la Isla. La fecha se había hecho coincidir con la primera solicitud del real consentimiento para crear una academia médica, instancia suscrita en 1826 por un galeno de 25 años, entonces recién graduado: Nicolás José Gutiérrez Hernández, ahora electo Presidente fundador.

No sería posible develar a punto fijo el pensamiento de Nicolás José Gutiérrez aquel domingo de 1861, e intuir cuánto de júbilo y satisfacción, incertidumbre o esperanza se imbricaban en el hombre de 60 años que veía uno de sus más caros sueños a punto de realizarse.

En aquel escenario, Gutiérrez se hallaba rodeado por compañeros de profesión que le habían demostrado la más alta estima y reconocimiento al elegirlo días antes para el más alto cargo de la Academia. Así premiaban sus esfuerzos y su altura científica.

En su alocución inaugural, Nicolás José Gutiérrez Hernández comenzó con una mención al dilatado proceso gestor, en párrafos elaborados con fina reticencia.

Después, alude al movimiento asociacionista que en materia de ciencia florecía en Europa, y a su aspiración de recrearlo en Cuba, considerando a la comunidad científica del país en igual capacidad que otras del extranjero. El esclarecido médico habanero siempre pensó que Cuba, con su reconocida fuerza médica, no tenía por qué ser diferente y retardada al respecto de Europa. Él conocía sobradamente que varios compañeros suyos recién electos se habían graduado y entrenado en París o Madrid, con resultados summa cum laude.

Aún asombrará leer, a siglo y medio de distancia en el tiempo, su enérgico repudio al lucro en el ejercicio de la profesión, y su vehemencia al fustigar el mercado de la Medicina. Tal cosa convierte a Gutiérrez, de hecho, en un precursor demostrado de la medicina social.

Refiriéndose a los profesionales de la salud que exigían altas pagas por sus servicios, impugna en sus palabras:

“Confundida la medicina con las artes industriales y mecánicas, que solo se mueven por el interés, y que se valúan por el provecho que de ellas saca el que las ejerce, ha sido mirada desgraciadamente por muchos como socorrida carrera de medrar con facilidad, con prontitud y con poco trabajo. Estos indignos sacerdotes de un ministerio tan santo, hombres sin corazón, sin otras aspiraciones que las del oro, y sin moralidad, al paso que han profanado el santuario de la ciencia, le han atraído también el desprecio con que en todas épocas se la ha tratado, y las mordaces sátiras con que no pocos han procurado ridiculizarla.”

Otros valores consustanciales a la profesión y a la ciencia en general tienen su cita en el texto, y nos presentan también argumento y testimonio del ideario del eminente médico habanero. Quienes lean esta pieza, encontrarán una exaltación de la importancia del ejemplo personal, y cómo la entrega y el sacrificio definen al genuino investigador científico.

No pierde de vista Gutiérrez el encargo fundamental que tendrá la Academia como cuerpo consultivo cuya autoridad respaldará el saber de sus integrantes, y lo expresa al señalar: “¿...quién podrá poner en duda el grado de confianza que han de inspirar todas estas observaciones, todos estos hechos, después que llevados al seno de una asociación, han sido examinados, comprobados entre sí, y sometidos al crisol de un debate racional, imparcial y científico?”

Asimismo, se aprecia un enfoque ético al recordar a los concurrentes...”los esfuerzos que son necesarios para dar a la profesión la dignidad, el decoro que le competen, y colocarla de nuevo en el lugar que se merece en la estima y consideración de todos los hombres”. En apoyo de sus argumentos, Gutiérrez nos deja un testimonio de su formación cristiana en dos referencias o citas bíblicas incluidas en la pieza, siempre a manera de símbolos o metáforas al exponer un concepto.

A mediados de su alocución, penetra en una enumeración de temas que prospectivamente avizora como importantes. Entre ellos se destaca su convocatoria a los estudiosos de otras ciencias: Botánica, Zoología, Mineralogía, Climatología; y traza líneas de trabajo que, en sus términos, incluyen las enfermedades “endémicas”, las “esporádicas y epidémicas” y la redacción de una “flora médica”, indispensable para el conocimiento farmacológico autóctono.

Finalmente, Nicolás José Gutiérrez exalta la secularización de la universidad, acaecida 19 años antes, y la importancia de que esa casa de estudios proporcione la oportunidad de formar a la juventud cubana desde una escuela propia, expresándose así el acendrado patriotismo que más de una vez aparece en sus obras.

Cuando el 19 de mayo de 1861 quedó dignamente inaugurada la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, el sueño de un joven profesional cubano: “Legar a mi patria una institución útil, provechosa, necesaria”, comenzaba a hacerse realidad.

A más de 150 años de aquel discurso, se distinguen en él las dos extraordinarias dimensiones de Nicolás José Gutiérrez Hernández: una, la del médico que trasciende como interfase generacional entre el pensamiento de Romay y la obra finlaísta, a lo que habría que añadir sus propios aportes en la cirugía y en la introducción de diversas técnicas y procederes médicos. Y otra, como renovador y promotor de una ciencia de raíz nacional, a la que aporta su indiscutible liderazgo, su perseverancia, y la capacidad organizativa que le permitió centrar a un núcleo de colosales científicos del siglo XIX —Albear, Finlay, los González del Valle, Gundlach, Luz Caballero, Poey (padre e hijo), Reinoso, Saco, Viñes, Zambrana...—, y reunirlos en un solo cuerpo académico, la Academia Habanera, la primera de Cuba.

Como si entreviese el porvenir, dijo Gutiérrez casi al concluir sus palabras: “...llegue un día en el que la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana no sea la menor entre las otras que figuran con crédito y orgullo en ambos mundos”

El doctor Nicolás José Gutiérrez Hernández fue un ejemplo vivo de espíritu de progreso y sus ideas y anhelos juveniles se conservaron a lo largo de toda su vida. Trabajador infatigable, se mantuvo en permanente contacto con los avances de la ciencia médica y fue capaz de evolucionar de modo positivo en sus concepciones filosóficas. Su muerte, acaecida el 31 de diciembre de 1890, produjo prolongado luto, pero también dejó un bello y valioso legado a la ciencia y a la cultura nacional que será imperecedero.

Notas biográficas tomadas del artículo “Dr. Nicolás José Gutiérrez Hernández (1800-1890)” del Lic. José Antonio López Espinosa, disponible en su versión completa en <http://www.uvs.sld.cu/dr-nicolas-jose-gutierrez-hernandez-1800-1890> y del artículo “La utopía consumada. Introspección de Nicolás José Gutiérrez en el acto de fundación de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana”, del Dr. Luis Enrique Ramos Guadalupe disponible en su versión completa en <http://www.revistaccuba.cu/index.php/acc/article/view/96>